

**RESPUESTA A LOS COMENTARIOS a “Echar a andar la maquinaria electoral en escenarios adversos. Prácticas proselitistas, recursos y derroteros del Radicalismo yrigoyenista en Jujuy (1929-1949)”**

**Adriana Kindgard**

Agradezco las agudas -y por demás estimulantes- observaciones de Luciano de Privitellio y de Nicolás Quiroga al texto con el que he intentado aportar al foro que nos convoca para reflexionar sobre cuestiones vinculadas al financiamiento de la política.

He procurado –quizás con éxito relativo- instalar como uno de los puntos centrales a discutir el de la medida en que *la existencia de liderazgos fuertes en ciertos espacios sociales puede llegar a contrabalancear la gran disparidad de recursos materiales entre las fuerzas políticas*. Es cierto que, antes de llegar a discutir la cuestión, es necesario que mis interlocutores estén suficientemente convencidos de que en el escenario político jujeño había implicado un liderazgo fuerte. Creo entender que tal convencimiento existe pero en este punto debo ser más precisa: Tanco era un líder carismático. Esa es mi presunción, mi hipótesis de trabajo y es en referencia a ella que debo hallar una respuesta verosímil a la pregunta sobre las razones de su popularidad. He aquí una cuestión metodológica superlativa sobre la que volveré al final.

Por ahora diré que es indispensable para mi argumentación no soslayar el énfasis que en la ponencia es colocado sobre la cuestión agraria de la Quebrada y la Puna jujeñas. Junto al compromiso de Tanco como crítico del ingenio Ledesma -y junto a su prédica obrerista traducida en 1922/23 y en 1930 en concretas políticas de gobierno- es clave, para intentar comprender el establecimiento y la perduración en el tiempo de un vínculo peculiar entre Tanco y sus seguidores de las llamadas tierras altas de Jujuy, atender a su

posicionamiento y su propuesta en torno a la cuestión agraria en la región, propuesta también ella materializada en medidas bien concretas en su breve paso por la gobernación, y cuya impronta se iba a notar después en el decreto de Perón del 1° de agosto de 1949 de expropiación de los latifundios en la zona. Tanco era buen conocedor de las realidades sociales de esas geografías. Era, además, un georgista convencido. Lo era en los años '20 y siguió siéndolo en tiempos de Perón: *“Por principio soy contrario a la teoría de que el Estado se desprenda de sus tierras para entregarlas a los particulares. Herbert Spencer en su Estatica Social ha demostrado claramente la nulidad de los títulos con que se reclama la exclusiva posesión de la tierra. De este concepto participa el gran norteamericano Henry George. En nuestro país hemos tenido la bella iniciativa de Rivadavia relativa a la teoría de la enfiteusis”*, diría en 1948 en el Congreso Nacional. He ahí una ideología. Ideología que no necesitaba ser compartida por los votantes yrigoyenistas de esas regiones a la hora de establecer un vínculo particular con el caudillo. Las expectativas de esos campesinos en torno a la transformación del régimen agrario precedían –largamente- la irrupción de éste en sus horizontes políticos. Los petitorios y gestiones ante los poderes públicos databan de la segunda mitad del siglo XIX. En 1918 campesinos puneños viajaron hasta Buenos Aires buscando interesar a Yrigoyen en la cuestión de las tierras del altiplano. En 1921 Tanco se instala en Jujuy y en poco tiempo su prédica contra el latifundio, contra el pago del arriendo y a favor de la posesión comunitaria del suelo encuentra eco en una población expuesta a los tratos abusivos de los grandes propietarios: *“Habiendo sido hostilizados años tras años con toda clase de vejaciones, hostigados y estafados, pedimos a nuestros hombres públicos se haga efectivo el derecho del ciudadano de acuerdo al art. 14 de la Constitución Nacional, pues a pesar de existir un decreto del Exmo. Sr. Gobernador Córdoba prohibiendo las “obligaciones personales” de Junio 26 de 1923, no obstante nos tienen anunciado que a consecuencia de no hacer obligaciones nos amenazan de desalojarnos de nuestros hogares”*. El petitorio, de 1923, iba dirigido al gobernador yrigoyenista Mateo Córdoba y al presidente Alvear y lo firmaban 167 pobladores del departamento quebradeño de Tumbaya, entre ellos varias mujeres. En esas realidades sociales concretas abrevaba la fuerza y la persistencia del vínculo político entre Tanco y lo que llamo “bases” del tanquismo (el escrito terminaba con vivas a Alvear, a Yrigoyen, a Córdoba y “al futuro Gobernador de la provincia Don Miguel A. Tanco!”). Ignoro cuántos

de los hombres firmantes estaban afiliados al partido, pero creo no equivocarme al pensar que tenían intención de apoyar a Tanco en cada contienda electoral.

Aunque no sea suficiente para develar las claves de su sostenida popularidad, es importante saber que el caudillo buscó el trato directo con los campesinos norteños, compartiendo en ocasiones techo y comida con ellos, como a sus seguidores les gustaba remarcar. La verosimilitud de los relatos que aludían a este tipo de interacción viene a quedar reforzada por algo sobre lo que advierte de Privitellio: la exigüidad de las cifras poblacionales de Jujuy [en 1947 la provincia tenía 166.700 habitantes] y, por lo tanto, de electores, realidad que debe haber coadyuvado –como también se apunta- al contacto “cara a cara” entre las partes. En escenarios urbanos, los “banquetes” y los “asados a la criolla” abiertos al público en general buscaban acortar distancias entre líderes y reales o potenciales seguidores, quienes en ese ambiente de distensión escuchaban el mensaje partidario.

Acuerdo, por supuesto, con las observaciones que refieren a la esperable existencia de una máquina tanquista productora de sufragios. Pero el *quid* de la ponencia no pasa por confrontar dos “tipos ideales” de práctica electoral: la manifestación transparente de la voluntad de un ciudadano descontextualizado, libre de presiones, vs. la encarnación de los modos más crudos y menos sutiles de producción del sufragio. Debo enfatizar de nuevo que el eje de la ponencia pasa, en cambio, por abonar la hipótesis de que la gravitación de un liderazgo carismático sustentado en arraigadas expectativas de cambio social (no en meras abstracciones ideológicas) y legitimado por acciones concretas por parte del líder (políticas pro campesinas y pro obreras cuando en 1921-23 y 1930 estuvo en el poder) contribuyó, en todo caso, a contrabalancear con eficacia la profunda disparidad de recursos y medios para la producción del sufragio entre las fuerzas políticas lanzadas a la competencia electoral. Si esta diferencia era ya notoria en los años '20 hay para la década de 1930 testimonios elocuentes sobre lo exagerado de la ventaja conservadora a la hora de montar la “máquina”. Hemos incluido uno en la ponencia en ocasión de las elecciones nacionales de 1937 (sobre lo ocurrido dirá el legislador nacional Eulogio Sáenz -enviado por Alvear junto a otros legisladores nacionales a pedido de Tanco para fiscalizar las alternativas preelectorales y los comicios- en cable a sus correligionarios porteños: “...aquí sucede lo que no estaba en

*mis cálculos de caballero y patriota*”). Para las elecciones provinciales de marzo de 1940 el partido conservador dispone de grandes sumas de dinero aportadas por el ingenio Ledesma y, en un contexto de recesión económica y alto desempleo, cuenta con los jornales de la Repartición Vial provincial para montar “cuadrillas electorales”. Los radicales no controlan la policía ni tienen empleados públicos que actúen a su favor y, sin embargo, a pesar de esta disparidad de recursos, triunfa ampliamente el tanquismo apenas levantada la abstención. Dos años después, será un conservador (el catamarqueño Nicolás González Iramáin enviado por Castillo como interventor federal a la provincia con la misión de convocar a elecciones) quien revele –con mucho detalle- la magnitud de los recursos de poder al alcance de los conservadores locales a la hora de producir sufragio. Renunciando a su cargo a causa del “*viciado medio*” en que le ha tocado actuar”, G. Iramáin se ve impulsado a documentar su experiencia en un voluminoso libro al que llamó “Tres meses en Jujuy”.

En cuanto a las formas de votar: los testimonios obtenidos de expedientes judiciales originados en denuncias abundan en referencias a los conservadores. En marzo de 1938 en el marco de las elecciones legislativas nacionales, el apoderado de la UCR antipersonalista daba cuenta de que “*El comisario de la localidad de estación Perico se instaló próximo a las mesas receptoras de votos y haciendo caso omiso a los presidentes de mesa, obligaba a los votantes al voto cantado y por el Partido Popular, como así el Dr. Plinio Zabala (por entonces diputado provincial) que instalado frente a la puerta de acceso al cuarto oscuro y a vista y paciencia de los presidentes de los comicios obligaba a votar a la vista y quitando además el voto que quería poner el electorado para substituirlo con el del Partido Popular*”. La carencia de denuncias en sentido inverso constituye un indicio importante, no digo de la coherencia entre el discurso radical de pureza del sufragio y una práctica concreta, sino de la eficacia de la máquina conservadora, lo que tiene que ver obviamente también con el hecho básico de que esta fuerza accedió más veces y se mantuvo mucho más tiempo en el poder. Por otro lado, aunque no hemos hallado mención en las fuentes, es altamente probable la existencia del voto en grupo, sobre todo en el Norte provincial, donde los vínculos de tipo tradicional mantenían su importancia. Los numerosos petitorios elevados en los tempranos años '20 a las autoridades provinciales y nacionales por grupos de pobladores de diversos distritos de la Quebrada y la Puna solían incluir la frase “unidos

como un solo hombre”: “...*respetuosamente pedimos al Exmo. Señor Gobernador de la Provincia, que vuelva a nuestro poder lo que hoy reclamamos todos unidos como un solo hombre en todo el Departamento, basándonos en el Art, 17 de la Constitución Argentina que ampara nuestra posesión*”. Pero que una comunidad cuente con un referente local a la hora de articular una demanda (o de votar por el tanquismo) no es prueba de debilidad del lazo político que puede haber ligado a Tanco con cada individuo que integraba el colectivo. Por otra parte, no creo que hubiera aquí implicado (o, si se quiere, no principalmente) un intercambio a abordar bajo la lógica del “don” que sugiere Nicolás Quiroga.

La insistencia en llevar la mirada a las “tierras altas” tiene que ver no sólo con la disponibilidad de fuentes, muchas de ellas obtenidas a partir de un proceso seguido a Miguel Tanco en los años ’20 que legó un nutrido corpus con petitorios firmados de puño y letra por habitantes de los distritos de la zona e incluso de la vecina Salta (de Iruya, de Orán, que también formaron parte de “La Unión”, dato sugestivo ya que la pertenencia de salteños a esa organización política impulsada por Tanco no se traducían obviamente en votos para su propia cosecha). Otros motivos orientan también el análisis hacia estas regiones: fue precisamente allí donde la dimensión coercitiva del aparato político conservador asumiría su forma más cruda, bajo amenazas de desalojo de los arrenderos. Pero, además, la cuestión de la tierra ocupaba un lugar central en el horizonte político de Tanco y es probable que inclinara el fiel de la balanza a la hora de tomar la decisión de apoyar la candidatura de Perón.

Si en el texto ha quedado flotando la idea de una natural y temprana opción favorable de Tanco en relación al régimen surgido del golpe de junio de 1943, aprovecho la observación para sumar alguna información al respecto. Podría ser importante saber que Tanco estaba vinculado a FORJA desde el momento de su fundación (amigo de Homero Manzi –quien a instancias de Tanco actúa en los años’20 en la localidad de Ledesma- y colaborador en el semanario de Francisco Capelli). Sabemos que ya en 1943 varios forjistas tienen contactos con Perón, entre ellos Arturo Jauretche, quien en sus Escritos Inéditos incluye a Tanco (como también a Sabattini, Del Castillo, entre otros) entre los hombres “*que aún podían ser rescatados para una política nacional*”. Pero será recién hacia mediados de 1945 cuando algunas señales de “simpatía” por parte del caudillo empiezan a

inquietar a un grupo de correligionarios quienes, el 23 de julio, lanzan el diario “Proclama” que, a través de los cotidianos comentarios sobre el quehacer político de Tanco, permite seguir el proceso que lo lleva a definir abiertamente su postura con respecto a la candidatura de Perón. En su primer número el diario celebraba la política del Consejo Agrario, anunciando que *“Está próximo a convertirse en realidad un sentido anhelo de los pobladores de la Puna: la expropiación de los latifundios de la altiplanicie jujeña y salteña”*. Una semana después, publicaba: *“Muchos radicales están angustiados por la conducta un tanto dual que exhibe el señor Tanco. No se sabe, en definitiva, cuál es su pensamiento frente al momento político actual. Siempre esquivo definiciones. Decía un dirigente del partido, días pasados: “Tanco no quiere hablar en público pero habla en privado. Y habla a favor de Perón y de su candidatura. Está encantado con la política social que, dice, es similar a la suya”*.

Tras el golpe de 1943, un conocido georgista –Antonio Manuel Molinari- había pasado a integrar el directorio del Consejo Agrario Nacional, del que lo nombrarán interventor en abril de 1945, siendo una de sus primeras medidas el llamado a licitación para adquirir los latifundios norteños, como paso previo a resolver su expropiación. En agosto de 1945 Tanco colabora en el semanario “Hombre de Campo” dirigido por Molinari quien a fines de ese año será, además, cofundador y director del diario “Democracia”, órgano que apoyaría el “Malón de la Paz” y seguiría de cerca sus peripecias. Muchas de las alternativas del “Malón” están aún por estudiarse. Difícil saber qué impulsó a Perón a tomar una medida tan impopular como la violenta deportación en agosto de 1946 de los puneños alojados en el Hotel de Inmigrantes. Mientras esto ocurría, el trámite de la expropiación de las tierras impulsado por el Consejo Agrario Nacional seguía su curso (el 4 de noviembre de ese año un perito tasador del Consejo Agrario actuaba en Yavi y otros departamentos de las tierras altas). Las principales figuras del tanquismo no habían tenido injerencia en la organización del “Malón”, pero hubo dirigentes de los niveles inferiores partidarios que participaron del mismo. Es el caso de Indalecio Piñero en cuya casa ubicada en la localidad de Abralaite había funcionado en 1929 la Mesa N° 2 del departamento puneño de Cochino. En 1930, Piñero ocupó el cargo de Juez de Paz Auxiliar del distrito, siendo Jefe del Registro Civil de Abralaite en 1940 y nuevamente designado para tal puesto

el 15 de julio de 1946, en momentos en que se hallaba en Buenos Aires, integrando el “Malón”.

En carta fechada el 3 de junio de 1947, los “*vecinos todos del Rodeo de Queta, distrito del mismo nombre del departamento de Cochino*ca” se dirigían a los miembros de la Legislatura jujeña: “*Todos los firmantes somos nacidos en la misma QUETA y esas tierras venimos ocupando tradicionalmente, pagando arriendos desde hace cerca de un siglo, primero nuestros padres y abuelos y ahora nosotros. Actualmente hemos bajado a Jujuy llamados por el Juez del Crimen a declarar en el proceso que se sigue por nosotros en contra de Miguel Vicente Garay administrador del Rodeo, hombre prepotente que nos ha tratado siempre como esclavos. Hace muchos años venimos pidiendo la entrega de las tierras. Somos viejos amigos y conocidos de don Miguel A. Tanco, el apóstol de la Puna, que hizo revivir en nosotros las esperanzas de días mejores que ambicionamos y esperamos [...] Algunos de los firmantes hemos formado hace tiempo en el MALÓN DE LA PAZ que llegó hasta el Presidente de la República pidiéndole las tierras que ocupamos*”. Desde su banca en el Congreso Nacional, Tanco siguió bregando por la expropiación de los latifundios norteños, consiguiendo en agosto de 1947 la sanción de su proyecto de “*Expropiación de terrenos de la provincia de Jujuy que pertenecieron a aborígenes*”. El decreto de Perón promulgándolo llegaría dos años más tarde.

Pero retomemos ahora la cuestión que ha quedado pendiente sobre el camino metodológico para analizar el liderazgo de Tanco y responder a la pregunta sobre su surgimiento y persistente popularidad (debería aclarar aquí que es un tanquista de la época –no la autora– quien se refiere a Tanco como conductor “*natural*”). Es cierto que sumar testimonios sobre el “contacto directo con las bases” brinda pistas pero no “ataca” el meollo de la cuestión. El camino para desentrañar la naturaleza del vínculo entre Tanco y sus seguidores requeriría llevar el análisis al plano de lo subjetivo, toda vez que las motivaciones del actuar humano son, como los sujetos que las portan, inaprehensibles a otro nivel. La naturaleza del desafío no es diferente a la que suscita el análisis de cualquier liderazgo carismático, entre ellos ciertamente el del propio Perón. En una disertación reciente en el marco del 3º Congreso de Estudios sobre el Peronismo realizado en Jujuy en octubre de 2012, Daniel James se refirió a la improbabilidad de seguir echando luz sobre la historia de los

orígenes del peronismo sin ocuparse seriamente de las cuestiones de formación subjetiva e identificación, instando a los historiadores a no descartar de plano las claves que la reciente obra de Laclau podría brindar en tal sentido. Silvia Sigal remarcó los límites cognoscitivos para salvar el hiato que hay en el pasaje de lo individual a lo colectivo. Por mi parte -sabiendo que va en ello una apuesta epistemológica- tiendo a coincidir con los microhistoriadores italianos sobre la utilidad de un camino metodológico que, aunque no permita restituir el sentido mentado por un individuo en particular considerado aisladamente (no podemos observar lo que estuvo internamente implicado en un campesino, o un obrero, etc., al momento de establecer el vínculo político con Tanco) nos permita pensar en formas lógicas de orientación de su acción, comunes a las de otros sujetos, operación que requiere una contextualización intensiva que intente reconstruir el marco histórico-cultural en el que las prácticas y representaciones de los sujetos devienen inteligibles. Creemos, por ejemplo, que en el vínculo que los campesinos indígenas de las tierras altas jujeñas establecieron con Tanco –y también en el que establecieron con Perón- las representaciones sobre el acceso a la propiedad de la tierra constituían un punto nodal; habrá seguramente más “contexto que sumar”. Para finalizar: hablar de “dilución” (y no de desaparición) del capital político de Tanco en el cauce del peronismo tuvo que ver con esa imposibilidad de aprehender la complejidad del proceso de redefinición identitaria a partir de observables externos y, en todo caso, con asumir que “lo que hay para ver” es un proceso de invisibilización de la figura del caudillo en la prensa oficialista, lo que tendría probablemente que ver también con la postura crítica que éste asumió con respecto a la reelección de Perón. En fin, gracias a los organizadores del foro. A Luciano de Privitellio y a Nicolás Quiroga les agradezco nuevamente por el interés y tiempo invertido en ayudarme a repensar sobre todas estas cosas.